

Julio 2025

# La Curuja

Revista Cultural Independiente · Nº 33 · Segunda época



# Índice



El autor de la portada de esta edición es *Jesús Madero*, natural de Herencia (Castilla-La Mancha).

Jesús es un excelente fotógrafo y un amante de la naturaleza, de los paisajes bercianos, en concreto de Noceda del Bierzo, donde reside desde hace años.



Carmen Arias Vega	
<b>La ronda de bodegas en Noceda</b> .....	<b>4</b>
Nidia Beltramo	
<b>El mapa del tesoro</b> .....	<b>7</b>
Ricardo González López	
<b>El Centro de Iniciativas Turísticas de Noceda del Bierzo</b> .....	<b>13</b>
María Encina Rodríguez de Paz	
<b>Fuentes de un paraíso: Noceda, espacio y tiempo</b> .....	<b>16</b>
Manuel Cuenya	
<b>Conversación con un enamorado del Bierzo y del mundo:</b>	
<b>Cristóbal Gabarrón</b> .....	<b>28</b>

EDITA: COLECTIVO CULTURAL "LA IGUIADA"  
COORDINADOR: MANUEL CUENYA  
FOTO DE PORTADA: JESÚS MADRERO  
ISSN: 2530-2051  
DEPÓSITO LEGAL: LE-760-2009

# La ronda de las bodegas en Noceda del Bierzo

*Carmen Arias Vega*

Desde siempre a mi hermano Emilio y a mí nos ha gustado disfrazarnos. Creo que nos viene de familia porque ya a mi abuelo Pepe (de la Genoveva) se disfrazaba de Tarara (para quien no lo sepa, disfrazarse de Tarara es vestirse unos pantalones en los brazos y

una chaqueta en los pies y andar con las manos). Mi abuelo era muy ágil y saltimbanqui.

Por su parte, mi padre, Emilio, también se disfrazaba en carnaval, cuando podía, o bien cuando se hacía la carrera de burros, que aún sigue haciéndose



Emilio, Carmen y Marta en ronda de bodegas



Emilio, a la izquierda, Marta, en el centro, y Carmen (la autora de este texto, a la derecha)

en el barrio de Río de Noceda con motivo de las fiestas en honor a San Bartolo. Uno de sus disfraces favoritos era un cirse o *uñirse* como si fuese una pareja de vacas y el que los guiaba descargaba en su lomo unos buenos palos sin saber la gente que llevaba unas mullidas que amortiguaban los palos.

Otro de sus favoritos era ponerse una colcha, de aquellas bordadas en seda por los hombros, y adornarse la cabeza con un sombrero a los que le ponía plumas y cintas; o de espantapájaros, con la ropa llena de paja.

En nuestra época en París y después en León, mi hermano Emilio y una misma ideábamos disfraces y maquillajes de personajes extraños. Un año Emilio consiguió engañar a Marta, su mujer: Habían quedado para ver el desfile de carnaval en la plaza de Santo Domingo de León; él estuvo a la hora, pero Marta no lo reconoció; entre

Emilio y yo ideamos un disfraz de jeque árabe y fue casi imposible reconocerlo.

La verdad que por el norte los disfraces no dan para mucha variedad porque el frío condiciona mucho, así

que nos preguntamos por qué no nos disfrazábamos en agosto. Habíamos visto una composición que nos había llamado mucho la atención y, comentándolo entre Emilio, Marta y yo, decidimos que sería bonito exhibirlo en la pedida de huevos en la madrugada del 16 de agosto en Noceda. Así fue, el personaje, más bien los personajes, eran dos en realidad, uno a la espalda del otro. Llevaban careta, con lo cual no se reconocía quiénes eran. Yo los acompañaba vestida como una mujerina de antaño, toda de negro con pañuelo a la cabeza y una toquilla. Marta no se disfrazó, para despistar. Fue todo un éxito porque se creyeron que eran dos personas y decían: "Ay pobre, que se cambien un poco que el de abajo lleva todo el peso". Al cabo de un rato Emilio se quitó la careta, o bien quedó al descubierto quién era y la gente dedujo que el otro personaje, el portador, era Jesús, mi marido. Tardaron en descubrir el personaje. Era el año 1996.

Al año siguiente Emilio aportó otro disfraz que había llevado en carnaval, dos personajes en uno también: el sepulturero llevando al muerto en la caja. Impactó bastante y era un poco lúgubre. Marta iba de desconsolada viuda y yo llevé un vestido de *La Regenta*, un personaje de Clarín. Pero a plena luz del día los disfraces no dicen lo que son en realidad y decidimos que había que llevar los disfraces por la noche, en la ronda de las bodegas.

Mi hermano Emilio lo propuso en su grupo de amigos y al año siguiente ya había un buen número de personas disfrazadas de lo que tenía por casa; Emilio, como siempre, con sus ideas

ingeniosas, esta vez se subió a unos zancos de medio metro que él mismo se construyó, claro.

Marta se vistió de Arlequín y yo de bruja verde. A partir de entonces, y visto el éxito, la panda se empezó a organizar y se proponían temas. Surgieron más grupos, aparte de la gente que iba por libre, y hasta la gente mayor se animó a disfrazarse, recuerdo especialmente a Loli Ratón o Luisa Molinete (Luisa de niñera y Loli vestida de bebé sentada en una sillita y con chupete). Y es que la ronda de bodegas en Noceda del Bierzo es todo un espectáculo, que se ha convertido ya en una tradición.



Carmen, la autora de este texto, de bruja verde, con demás comparsa

## El mapa del tesoro

*Nidia Beltramo*

ESCRITORA ARGENTINA AFINCADA EN EL BIERZO

Recientemente ha editado la novela *Una familia ejemplar*. *El mapa del tesoro* recibió el Primer Premio en el XXI Certamen de Relato Corto "Casa de León en La Coruña 2020"

Con frecuencia inusitada y sin aviso, me visitan recuerdos gratos de mi infancia. No los convoco ni sé por qué se dejan ver, pero irrumpen en mi conciencia como la frágil mariposa que fugazmente revolotea frente a mi ventana, y con su aparición ingravida y silenciosa aporta esplendor y ternura a ese instante. A veces ocurre cuando menos lo espero, y otras cuando más lo necesito. Y esas memorias felices están invariablemente prendidas a la imagen de mi abuela Rosa. Era una mujer pequeña, con ojos vivaces que percibían hasta lo invisible, y manos que horneaban bizcochos inolvidables y curaban berrinches con una caricia. Con una madre que lo era solo de nombre y un padre siempre ausente por trabajo, la casa de mi abuela era el hogar al que acudía a la salida de la escuela. Yo llamaba a su puerta con tres golpes cortos, nuestra clave, y ella la abría con los brazos extendidos y una enorme sonrisa, como si mi visita fuera lo mejor que le había ocurrido en todo el día. Recuerdo cuando le pregunté si todas las abuelas eran gallegas como ella.



Nidia Beltramo en el Museo de la Radio de Ponferrada

—Bendito este país, donde a todos los españoles nos llaman gallegos. Verás, no somos gallegos ni tampoco castellanos. Somos de la provincia de León, allí apretada, a veces un poco olvidada, pero orgullosa como ninguna de nuestra historia y nuestra gente.

Cuando las tardes se alargaban esperando a mi padre que no llegaba, la

abuela me entretenía con historias de su tierra, las que sazonaba con toques mágicos para asegurar mi interés. A través de ellas, yo imaginaba al Bierzo como una combinación del país de las maravillas de Alicia y la tierra de Oz, con castillos almenados surgiendo de entre la niebla, ríos de aguas claras que alimentaban infinitos regueros y fuentes, y una naturaleza privilegiada custodiada por montes majestuosos. Mi historia preferida, la que le hacía repetir con frecuencia, era la del tesoro romano.

–Una tarde de verano, siendo muy niña, andaba por la vera del río con mi hermano Jesúsín, el benjamín de la familia, y descubrimos un pequeño cofre asomando apenas entre la maleza. Al forzar la tapa, una cantidad de monedas de oro antiguas, del tiempo del imperio romano, nos deslumbró con su brillo. Sin saber qué hacer, lo desenterramos y lo ocultamos a la sombra de un castaño añoso, cubriéndolo con piedras del río para que nadie lo viera. Y allí está a la espera de que, algún día, yo vuelva a desenterrarlo. Y como no me gusta viajar sola, tú me acompañarás.

–Pero abuela... ¿Cómo no te llevaste el tesoro ese día?

–Temí que, siendo una niña, mis padres me regañaran por haber cogido

algo que no me pertenecía. Ahora ya soy grande y nadie me regañará.

–Pero abuela... ¿Y si tu hermano ya lo ha desenterrado y se ha quedado con todas las monedas?

–Jesúsín no haría eso, y además era tan pequeño que no recuerda el lugar. Ya le he dicho por carta que aguarde a que vayamos tú y yo a buscarlo, mi niña.

–Pero abuela... Y si el árbol ya no está en pie, ¿cómo sabrás dónde buscar?

–Los castaños viven cientos de años, y además tengo el mapa del tesoro grabado en la memoria. Trae un papel.

Arranqué una hoja en blanco de mi cuaderno escolar y la abuela dibujó un puente de varios arcos y un árbol de tronco grueso y copa redonda, su castaño. Con mi lápiz rojo trazó una cruz indicando la ubicación exacta del tesoro, y me entregó el mapa para que lo guardara en un lugar seguro. Fue tal la emoción de saberme depositaria del mapa de un tesoro, que no pude resistir la tentación de retransmitir la historia para darme importancia, y lo enseñé a mis compañeras de la escuela, quienes opinaron que todo era un invento de mi abuela. Ese descreimiento me dolió, pues yo estaba convencida de la veracidad de su relato, ya que, si no fuera cierto, no iba

a llevarme con ella hasta España para buscar un tesoro que no existía.

Ya entrada en la adolescencia, otros intereses me ocupaban a la salida del instituto, y las visitas a la abuela se fueron espaciando. Ella nunca reprochó mis ausencias, siempre me recibía con su mejor sonrisa en esa casa que olía a galletas recién horneadas. Y así fueron pasando los años.

Sucedió lo imposible, lo inimaginable: la abuela enfermó. Asumí que era un malestar pasajero, pues nadie me había advertido que la persona más importante en mi vida podía morir y dejarme sola. Su salud declinó y, muy

a pesar mío, comprendí que su final estaba cerca. Y lloré mucho. Lloré a solas, a escondidas, mi pena humedeció almohadas y anegó horas de insomnio, y dejé crecer mi flequillo para ocultar la rojez de mis ojos, hasta que no quedó ninguna lágrima por verter. Y en lo que recuerdo como mi doloroso paso a la adultez, acepté que la perdía.

–Cuando yo no esté, mi niña, no debes sufrir por mi ausencia, pues mi vida ha sido larga y feliz. Me apena que no podré acompañarte a buscar el tesoro, pero debes prometerme que irás, y a través de tus ojos vol-



Noceda. Foto: Cuenya

veré a ver mi tierra. Al contemplar tanta belleza, comprenderás esa morriña que asomaba aun en mis días más felices, porque ni la distancia ni el tiempo logran cortar los lazos que nos unen a lo verdadero.

–Abuela, no digas eso, te pondrás bien e iremos juntas...

–Desandarás el camino que me trajo hasta aquí, atravesando el ancho mar hasta llegar a Galicia, y has de continuar por tierra. Te cruzarás con peregrinos, buena gente que también anda en busca de su tesoro...

Han transcurrido muchos años desde que falleció la abuela, y es raro que pase un día completo sin que recuerde alguna de sus frases, sus lecciones, el aroma a esos bizcochos anisados que, como la alfombra mágica de los cuentos, me sigue transportando a un tiempo en que su compañía llenaba todos los vacíos. Muchas veces me pregunté cómo un ser tan amoroso como la abuela dio a luz a mi padre, quien se refugiaba en el trabajo para estar ausente, y que eligió como compañera a una mujer



Noceda del Bierzo. Foto: Cuenya

que nos abandonó al poco tiempo de traerme al mundo.

Tal vez ellos se encontraron porque tenían en común esa dolorosa falta de afectividad, esa imposibilidad de comprometerse, que tanta tristeza me ha causado. Pero tuve a la abuela; su amor compensó las ausencias, y su recuerdo fue refugio cálido cuando la realidad me golpeaba, a veces con dureza. Recientemente, como en la rara alineación de los planetas, los disgustos se sucedieron, desde el cierre de la empresa donde trabajaba a una desilusión sentimental, en parte mi culpa por haber depositado mi amor y confianza en quien no lo merecía. La tristeza hizo nido en mi alma y se ensanchó hasta no dejar espacio para nada más, ni un mínimo hueco donde pudiese germinar la esperanza. Sin salir de casa, con la única compañía de una botella y anestesiada por la televisión, dejaba escapar las horas, días y semanas sin intentar un cambio, sin encontrar estímulo para sacudir esa modorra depresiva cuyos tentáculos se vislumbraban indestructibles. Y abriendo y cerrando cajones, entre fotos viejas, billetes capicúa de autobús, décimos de lotería sin premio y recortes de diario aún por leer, encontré *el mapa del tesoro*. El papel había amarilleado y parecía haber encogido, o tal vez fueron mis manos

las que crecieron desde entonces. El puente y el castaño dibujados por la abuela eran apenas distinguibles, difuminados por el tiempo y el olvido, pero la marca del tesoro conservaba su firmeza, decidida, tentadora. ¿Me animaría?

No anticipé que el avión fuera tan ruidoso ni que volara tan alto. Tuve miedo de morir, de que cayera en picada hasta depositarse en el lecho del océano, y quedar condenada por la eternidad a los oscuros fondos marinos en compañía de naufragos anónimos y peces bidimensionales. Continúe el viaje en autobús, donde la serenidad del paisaje suavizó mis ánimos. La pradera dorada se extendía, monótona, allende el horizonte, su infinitud solo interrumpida por pueblos que pasaban raudos por mi ventanilla, destacando los campanarios de iglesia casi siempre coronados por un gigantesco nido de cigüeñas. A medida que se acercaba mi destino y el paisaje verdeaba, comencé a cuestionar mi decisión alocada de largarme a la aventura con el quimérico propósito de recuperar un eco de esos momentos de la infancia en los que, gracias a la abuela, la vida tenía sentido. Presagí mi derrota, como el viajero sediento que persigue un oasis y, con su último aliento, descubre que era un espejismo creado por su

mente desesperada. Cuando el conductor anunció que mi destino era la siguiente parada, había asumido la inutilidad de mi esfuerzo, y el sentimiento de fracaso era apenas tolerable por estar cumpliendo mi promesa a la abuela. Bajé del autobús en la mitad de la nada, sin saber qué hacer, y más recuerdos infantiles, como el vuelo de esa delicada mariposa, me acariciaron.

–Pero abuela, ¿cómo estaré segura de haber llegado a donde está del tesoro?

–Sabrás que has llegado al Bierzo por la flor de los cerezos, los castaños centenarios y la brisa perfumada de pimientos. Te enamorarás de los pueblos con sus casas de piedra y sus fuentes de agua clara. Verás los corzos retozando en el monte y los estorninos dibujando figuras en el cielo al atardecer...

–Pero abuela, ¿y si me pierdo?

–Jesúsín te estará esperando.

Y aquí estoy. Bajé del autobús en una parada que es apenas un tinglado protegiendo un banco de metal. Solo veo un anciano sentado con la cabeza gacha, el mentón apoyado sobre unas manos gastadas que descansan en la empuñadura de un bastón de caña.

–Disculpe que lo moleste. ¿Sabría usted donde puedo encontrar al señor Jesúsín?

El anciano levanta la cabeza y me mira, y allí bajo la boina, entre las arrugas de sus párpados pesados por los años, veo los mismos ojos vivaces de la abuela.

–Yo soy Jesúsín, y tú debes ser la nieta de mi hermana Rosa.

–¿Cómo lo sabe? –logré articular apenas, mis palabras trabadas ante semejante sorpresa.

–Tu abuela dijo que vendrías.

–Pero ella falleció hace quince años...

–Yo vengo cada día a esperar el autobús, y hoy por fin has llegado.

Se pone de pie y lo sigo. Me dice que llego en buen momento, mañana comienzan a vendimiar. Al final del camino veo una casa de piedra donde dos niños juegan ruidosamente con un perro, y varios adultos entran y salen de mi campo visual.

–Aquella es la casa. Ahora vas a conocer a tu familia.

Algo hay en mi garganta que no me deja hablar. Ya estamos llegando, los niños y el perro se nos acercan, y los jóvenes y adultos se interrumpen para mirarnos. Tiro de mi flequillo para ocultar la humedad en mis ojos, y antes de recibir abrazos de bienvenida, alcanzo a murmurar, en el más absoluto silencio:

–Abuela, quédate tranquila, ya encontré tu tesoro.

## El Centro de Iniciativas Turísticas (CIT) de Noceda del Bierzo

*Ricardo González López*

PRESIDENTE DEL CIT DE NOCEDA

El CIT de Noceda del Bierzo (Centro de Iniciativas Turísticas) es una asociación sin ánimo de lucro, creada el 20 de octubre de 1972. Sus fines son el desarrollo cultural, turístico y folklórico de Noceda, potenciando los recursos, bienes y servicios que amplíen la oferta turística local.

Fue inscrita, un año más tarde, en el FECIT (Federación Nacional del Centros de Iniciativas Turísticas).

Sus fundadores e impulsores fueron “las fuerzas vivas del pueblo” en aquella época: El médico, Manuel de La Calzada, Francisco de Paz (Kiko), las maestras Flora y Felisa Rodríguez, el secretario Benigno Rodríguez del Ayuntamiento de Noceda del Bierzo, Eliseo Díez, Santiago Álvarez (*Conejo*) y Ernesto Arias (*el Cubano*).

La asociación estaba tutelada por la Delegación Provincial de Información y Turismo, que la incluyó en la Guía Turística Provincial. Recordemos que aún estábamos en plena época franquista.

Según consta en el acta de la primera Junta Directiva que se celebró en enero de 1973, se pretendía lo siguiente:

- La formación de una relación de vecinos que tuvieran casas de labranza y que pudieran acoger a turistas, sobre todo en vacaciones.
- Organizar la Fiesta del Forastero el primer domingo de agosto, programando tiradas al plato, bailes populares, folklore, con la invitación a leche natural y otros productos típicos a todos los asistentes.
- Fomento de la caza y solicitar la regulación de la caza de la perdiz en zonas de montaña.
- Promocionar las bellezas naturales de Noceda. En particular, proponer al Ayuntamiento y la Junta Vecinal crear accesos de entrada a las fuentes conocidas como medicinales: La de la Salud, la del Azufre y la del Rubio.

Esta iniciativa daría lugar a la Ruta de las Fuentes Curativas, gracias al impulso y tesón de Ernesto Arias (*el Cubano*), que fue el segundo presidente del CIT hasta que la salud le falló.

Ernesto, persona inquieta y muy emprendedora para la época, regentaba entonces el bar *El Cubano* y la pista de baile que tan buenas noches hizo pasar a la juventud de Noceda y alrededores.



Fuentes de Noceda. Foto: Cuenya

Este local luego se convertiría en la discoteca Donald, que daría para varios artículos...

Los ingresos del CIT provenían de las cuotas de sus socios. Inicialmente se pagaban 25 pesetas al mes, que hacían un total de 300 pesetas al año.

El 20 de enero del 1989 se renovó la Junta Directiva, nombrando presidente a Ernesto Arias. En esa época, la cuota de socio pasó de 300 a 1.000 pesetas anuales.

A principios de los 90 se creó el FECITCAL (Federación de Centro de Iniciativas Turísticas de Castilla y León), dependiente de la Junta, que comenzó a subvencionar algunas de las actividades realizadas por los CIT. Es entonces cuando se dejan de cobrar cuotas a los socios. Por entonces el número de socios rondaba los 150 y todos ellos tenían una cierta afinidad política y personal con Ernesto.

Para terminar con esta polarización política del CIT y que el pueblo lo viera como una asociación no partidista, sino del bien común, Ernesto me propuso a mi como nuevo presidente. Y, a principios de los 2000, se celebró una nueva Junta Directiva donde Ernesto me cedió el testigo de la presidencia, siendo nombrado secretario Manuel Gómez Arias, quien ha llevado y lleva el peso y gestión de la asociación hasta nuestros días.

Estos últimos años, apoyados por Ayuntamiento y Junta Vecinal, se ha potenciado la promoción de la Ruta de Las Fuentes, siendo una de las rutas más bonitas y más visitadas de la provincia de León.

Colaboramos con el Consistorio en los Carnavales, que por iniciativa del CIT se empezaron a celebrar el fin de semana siguiente al de Piñata, para contar con más grupos.

Como presidente del CIT me gustaría, a corto plazo, recuperar la fiesta del Turista, poder encajarla en el mismo fin de Semana que se hace la Ruta, dándole un toque folklórico, pero sin leche de vaca, porque en Noceda ya no se ordeña, ni hay lecheras que la vendan.

No quisiera olvidarme de mencionar a Esteban Nogaedo, quien, desde su puesto de presidente de la Junta Vecinal, colaboró continuamente con el CIT, siendo el impulsor de la apertura de una nueva ruta, la de Veneiro, que amplía la oferta que la Sierra de Gistredo nos brinda a los amantes del senderismo y la Naturaleza.

Tampoco quiero olvidarme de los insensatos y oportunistas que pretenden echar abajo toda esta labor de años, queriendo sembrar Gistredo de molinos



Ruta de las fuentes. Foto: Cuenya

de hierro. El corazón de Noceda está en Gistredo, si minamos y reventamos la Sierra, acabaremos literalmente con el pueblo. El CIT se opone totalmente a este esperpento, que no beneficia a nadie del pueblo, y hará todo lo necesario para que no se lleve a cabo.

La promoción del turismo, a día de hoy, es una de las palancas que puede ayudar al mantenimiento del pueblo, a la fijación de población joven. No se puede seguir viviendo de subvenciones y pensiones.

En un valle como el de Noceda, donde no hay minas, ni vacas lecheras, donde los castaños se están secando, y en la Calea y el Codesal ya no hay huertas, hay que buscar otras fuentes de ingresos que las sustituyan. Teniendo un valle como el que tenemos, que es patrimonio de todos, y que tiene un potencial brutal, tenemos que apoyar y promover iniciativas que lo pongan en valor y que lo aprovechen. Pero siempre de una manera sostenible, cuidando el entorno. El valle no es una herencia de nuestros padres y abuelos, sino un compromiso para con nuestros hijos y nietos.

Las infraestructuras son indispensables para el desarrollo del turismo. Ahora que hay una nueva iniciativa para explotar el Camping de Chanos, queremos darles nuestro ánimo y colaboración.

Desde el CIT, siempre tendrán nuestro apoyo, ésta y otras iniciativas.

# Fuentes de un paraíso: Noceda, espacio y tiempo

*María Encina Rodríguez de Paz*

La autora, de origen nocedense, nos ofrece este primer capítulo sobre los orígenes de Noceda en el espacio y tiempo de los orígenes del universo.

## I Tiempos de avidez creadora

*Al viaje imploró  
que fuese largo,  
eones de tiempo  
y espacio;  
de oro y de fuego,  
Noceda;  
del agua,  
su esencia.*



A la izquierda Las Chanas, timón de la embarcación. Ocaso de púrpura y oro que rasga los silencios de poniente en su despedida infinita. Imperturbable belleza al alcance de la mano, que la mente indaga de nuevo con fuerza. Esta vez asiente sin dilación a la pretensión implícita, de siglos, que siempre la sale a recibir en las conversaciones secretas del paisaje. Expresiones lapidarias. Hambre de sintonizar que solo el corazón puede entender. Afinidad inexplicable que se difumina en el azul, en sus violáceos y anaranjados empujes hacia la embrionaria sombra que filtra el fin de la jornada. Etérea convocatoria,

en los trajines susurro inapreciable, que eleva el tono al anochecer. Ley de vida por generaciones. En sus más exquisitas deducciones. En sus búsquedas de los días de la Creación.

La apelación nos entenece, la imaginación aletea hacia las conexiones primordiales e iremos más allá, si es preciso. Al punto de energía concentrada que se resolvió en primigenia explosión sideral y dispersión alocada de partículas. A los primeros átomos que se unieron y formaron materia. A los fragmentos ígneos, que asteroides y demás trotamundos astrales expandieron en sus peregrinajes desde sus conflagraciones



Fuente del Azufre en Noceda. Foto: Cuenya

y polvaredas reagrupándose en astros. A los umbrales de nuestro planeta debatiéndose en vahos, licuefacciones y bombardeos sin compasión, misiles de vida en ciernes con todos los elementos de la tabla periódica.

Iremos a Noceda. Decide lo emocional –dice la neurociencia–. La descubriremos en la fastuosidad del cosmos. En los inventarios de la galaxia y del sistema solar y en los primeros días de la Tierra. Hace más de 4.500 millones de años. Rudimentaria, dispuesta a dar sorpresas. Rotando en caldo mineral, sucesiones de volcanes y emisiones gaseosas. Moldeándose en oleajes de magma en torno a una carga pesada de metales libres, hierro y níquel principalmente, que solidificó en esfera. Campo magnético terrestre, encargado de que los recientes compuestos ligeros no escapasen de la gravedad. La que tanto nos atrae y sostiene a Selene, Luna

hipnotizante. Esta diosa de la mitología disfrazada de calma y soledad pasea por los cielos su carro de plata. Aluvión de tramas divinas y humanas que incita al insomnio y nos cuenta que tuvo una madre. Tea. La que dona su nombre a la ciencia por el renombre de su inestabilidad, y el efecto dominó que no se hizo esperar. Su eclipse orbital chocó con la nuestra, ya formada, y, por aumentar la velocidad de rotación, el día terrestre pasó a durar seis horas. La cantidad de escombros que incrustó en sectores centrales es hoy densa zona de influencia donde se detectan pautas sísmicas anómalas que coinciden con análisis de rocas lunares. Y el resto del desastre, su onda expansiva, cohesionó al satélite de las mareas.

Tamaña colisión marcó acontecimientos en la gestación de los eones. Noceda, en un diminuto planeta de la Vía Láctea, asume sus travesías. No visiona monstruos en su viaje iniciático.

Se atusa tranquila frente al bello colgante que adorna sus noches bañándose en los luceros del “*torito enamorado*” que abandonó la maná (lo cantaba en los años setenta un muchacho jovial donde los haya, en el puente de la iglesia). Y, en busca de nexos y correlación, no afecta a su inconsciente la negatividad. Tampoco a nosotros “si nos nutrimos de lo positivo y nuestro pensamiento es elevado”, en palabras de un poeta griego que vivió en Alejandría, nostalgia de regios saberes.

Su pluma avisa del peligro que irrumpe desde dentro. De la necesidad de proveerse en el camino de hermosas mercancías, detalles locales que se harán comunes en grandes distancias. Y así comienza nuestro retroceso en el tiempo y en el espacio. Al vaivén tamborilero de la jota. Al golpeteo saleroso de las métricas pandereteras y los guiños de complicidad. Al sabor casero de las empanadas en las choperas del Mouro que desperdigaban manteles en la hierba y fervores de amistad. Al palpito de “chinela” escondida en callejuelas y torrentes de agitado corazón. Al son de las charlas de turrón, villancicos y velas navideñas. Al olor del tambor en el magosto o del porche de verano al fresco y al saludo de viandantes.

...Y la Tierra, libre, gira incandescente tras el brete de las detonaciones que tocan a su fin. Es su momento irrepeti-

ble. Que persiste en los perennes procesos de reconstrucción del Universo y, a pesar del asedio colosal y la apresurada amenaza de los residuos volantes, contumaz, dibuja su órbita. Que trepana con creciente pujanza gravitatoria la aglomeración de amalgamas y redes planetarias. Que atrapa con pasión los elementos pesados y polvorientos nebulosas que se congregan en derredor. En la fogosa región que circunda al Sol, centelleo que se aviva de abundancia interestelar y colapsos de estrellas.

Infinitud de conglomerados cercanos o alejados prosiguen en sus transformaciones. Sus cifras nos subyugan, aun siendo difíciles de concebir por el limitado intelecto. En ellas repararon los lustros de los albores de nuestro linaje y ahora disponemos de ventajas para su estudio. Aparatos sofisticados y disciplinas varias, desde astrofísica hasta filosofía pasando por matemáticas e ingenierías, que perforan en unidad los enigmas de la bóveda cerúlea. Algo que debiera unirnos. Más que arrobo, innata necesidad de saber que dimana de caras de asombro antediluviano que, en diálogo y comunicación con prodigios que quizá intuían y ataviadas para la ocasión, otearon la pincelada lechosa y peregrina.

Esta espiral de navegación sin precedentes, entre aventuras y desventuras, nos remolca hacia la luz, y, en paralelo



Ángela y Ludivina, pandereteras de Noceda.  
Foto: Familia González López

a su estela, orienta al Camino por excelencia a partir del medievo. Ansioso de *finisterres* discurre diligente bajo su reflejo como crisol de innovación e historia europea. Donde vibra el cayado del apóstol, para llevar a buen puerto a nuestro barco de veredas norteñas que, cual imparable buque insignia en balsas de aceite o marejadas, no fue hecho para quedarse en los muelles. Mas..., por un tiempo, en los contornos de esta patria verdadera, de este pedacito de Bierzo Alto, el viento en popa que sopla en los robleales lo detendrá.

Lo despabilará de su sueño de vértice final al intrincarlo en una etapa de las más antiguas y bonitas. Redoblará el empeño de restaurar lo que está bajo sus auspicios, que evoca el tema modular de esta publicación y le ha sido

encomendado desde el inicio. Remontará los recodos sinuosos que reverberan de reliquias entre la floresta y las deshilan río abajo. En recuerdo de un legendario y cristalino lago glaciar. Espejo soleado de la montaña maternal que en él parece sumirse todavía, perfumada de fragancias y hierbas medicinales que afloran de sus fontanas sanadoras. Metáforas del gran proyecto de la historia de la vida que tuvo a Noceda como uno de los bienes más preciados.

Este primer milagro, que propició el segundo, la reviste en sus madrugadas, afares y labores de las diáfanas perlas del ciclo del agua. Erario mayor. Delicia de modestia que trabajó con fruición para nosotros junto a los electrones liberados en las vorágines de inauguración. Cuando, implacable en sus caídas, el impacto de hielo de los cometas se vaporizaba en la fina y ardiente capa externa de la corteza terrestre. Cuando una efervescencia de láminas de lava derretida retenía en las entrañas del planeta primerizo dos sencillos elementos que no tardarían en reaccionar: hidrógeno y oxígeno, que engendrarían moléculas de lo que llegaría a ser cotidiano y básico sin dejar de ser un misterio en cualquiera de sus tres estados. Potente enlace químico que resonaría como sustento de los pozos y cultivos que habrían de venir.

Su pureza, que aún circula en los hondos lechos del subsuelo y sobrevuela las nubes, se acuna en el eco de superficies que se enfriaban, elevaciones que se congelaban y atmósferas que se insinuaban entre vapores. De su precioso líquido, solvente que rellenó oquedades, surgiría el océano que todo cubriría y permitiría que inusitadas reacciones y vicisitudes diesen lugar a la vida que conocemos. A sus balbucesos en una Tierra joven que se enfriaba. Mil millones de años después de los turbulentos comienzos que la sembraron de fórmulas de hidrógeno, oxígeno, carbono, nitrógeno... y de nuestra biología, venidas en añicos de un sinfín de cuerpos celestes.

La tarea que empezó hace 3,700 millones de años, en el segundo eón, se sigue investigando. Del mar al máximo de su capacidad, de su evaporación sin tregua nacieron torbellinos. Llovió y llovió, y las sales de rocas disueltas llegaron al mar. Con ellas y una atmósfera primitiva a la que posteriormente proveerían de oxígeno, se diseñó la vida. En costas tropicales poco profundas, unas cianobacterias mitad plantas, mitad bacterias, trastearon con ingredientes inorgánicos que tenían a mano, básicamente agua, dióxido de carbono y luz solar, y se pusieron a fabricarla: minúsculo debutante que se compactó en piedras llamadas estromatolitos, al que ningún boicoteo desanimará.

Ser unicelular que se alimenta, libera oxígeno y crea sustratos de reproducción. Que logra un día dar el salto a la célula compleja. Tercer milagro aún sin descifrar que hemos de adjudicar a la temeraria, antiquísima pasajera, que se pegó en cristalitos a los proyectiles del espacio y todavía bebemos en su régimen circular interminable. Que hirvió en fundiciones y atmósferas sofocantes. Que se estremeció en los trechos inertes de la Edad de Hielo Huroniana de 300 millones de años, causada precisamente por el invento de la fotosíntesis, metabolismo de la célula sin núcleo cuyo excesivo esmero en la producción de oxígeno hizo desaparecer el efecto invernadero y descender con brusquedad las temperaturas.

Desestabilizados sus susceptibles contrapesos, el globo terráqueo estrena las glaciaciones. Perdido y callado, bola de nieve de millones de años (lo será varias veces), lo sobresaltarán andando el tiempo las furias volcánicas. El arrojo de sus llamaradas ametrallará la fría robustez. Hasta doblegar la quilométrica e imparible blancura que acota el farfullar de la vida. Que, sin embargo –¡oh, contradicción!– la diversifica, reportando condiciones donde proliferarán las criaturas pluricelulares. Arduamente respaldadas las rutas de vanguardia, estos preliminares microscópicos que cumplen su función en todas partes

sabrán aprovechar tan novedosas interacciones geológicas, oceánicas y de suministro energético.

De la misma manera, se impondrán a sus dilatados procesos. Resistirán oxidaciones mortales, millones de años de congelación y extinciones a gran escala. Y, aunque nos parece mentira, nos vemos creados en este cóctel indómito que habría de llevar al hombre. En el círculo vicioso de glaciares que se agrandaron y redujeron, en volcanes que descongelaron una parte del hielo y en fumarolas de dorsales submarinas que durante cientos de millones de años dieron fuelle, en hondonadas sin luz ni oxígeno, a las cianobacterias. A su temple acuoso en un medio hidrotermal, que no temió a la toxicidad y escribió el prólogo del libro que se abría a la existencia en multiplicidad de organismos vivos.

En este amainar pausado de titanes, en los fluidos y expediciones que lo precedieron, se forjaron con denuedo los paraísos terrenales. Lindas cunas al receso de las olas donde bucearon conceptos insertos en la génesis universal. Donde bucearía Noceda, inmiscuyéndose en las salvajes aguas que encuadrarían para siempre su andadura. Que la soñaron. Que nos soñaron en miles de millones de años, y en un ochenta por ciento nos constituyen. Maravillas en nuestro cerebro lo mismo que en los microbios que horadan los terruños y

los truecan en esponjas. Arraigo de toda raíz y del barro al que pertenecemos. De Adán y Eva, hijos de los desvelos de la avidez creadora y de siete días insuperables (magnitudes estelares, por supuesto).

Descuidados de la inimaginable convulsión de sus umbrales, los padres de la humanidad patearon un vergel que aludía al reino de fuego que renunció por amor a sus ardores. Que coronó a su reina, el agua amada, con la que Noceda denota tanta simpatía. Y la realza. Desde antes de que su tintineo, siquiera sentido, se trenzase en cuantiosas facetas. En surtidores de los que, cual venus, resurge cada amanecer. En recónditos filamentos repletos de abundancias. Adonde siempre querremos volver. Como vuelve, al añorarlos, nuestra mirada al embrujo de estos valles; y los acompasa en la cadencia de inaudibles brotes risueños que herbazales y mantos verdes de la serranía tutelan, gota a gota.

Ágiles hacia el último eón, atravesamos el tercero. Dos mil millones de años de actividad telúrica; de arquitecturas como el Gran Cañón del Colorado, el azulino cielo o los preámbulos de la respiración aeróbica. Sobreparamos corpúsculos blandos y vertebrados que deletreamos en estratos marinos, adaptaciones vegetales y animales que conquistaron la tierra... y arribamos exhaustos a “tan solo” 250 millones de

años atrás, que deparan un vulcanismo extremo con toneladas de escoria y carbono, fuerte efecto invernadero, acidificación de los océanos...: atacada desde varios frentes, la biosfera es una mortandad que ensombrece la vida antigua que bullía; que, salvando unos simples hongos, pierde el 70% de sus vertebrados terrestres y el 96% de sus especies en el mar.

Mas... nada se detiene, y sorprende la rapidez con que se recuperan los precursores de los primeros mamíferos y de los primeros dinosaurios. El Mesozoico, en medio de su notable diversidad, da fe en restos fosilizados de la Era de los Dinosaurios, oficialmente hace 225 millones de años. De los ciento sesenta millones de años de estos tremendos lagartos que partieron de un reptil de 10 centímetros y convivie-

ron con cautelosos mamíferos, evolutivamente separados, insignificantes y nocturnos, que los sobrevivirían: hace 65 millones de años, un asteroide de 15 kilómetros de diámetro, equivalente a mil millones de bombas atómicas, pondría fin a sus vecinos gigantes (exceptuando avianos).

En este periplo incierto, sin miedo a cóleras ciclópeas, vertiginosos y apenas por encima del suelo nos siguen los pies, al encuentro de historias evolutivas de grandes proporciones en que se involucró nuestra espléndida comarca. Y, prestos para la jugada inminente del destino que nos brindará una actuación estelar, nos damos un respiro. Nos visualizamos rendidos al placentero sopor de una confortable casa rural. Al “dulce far niente” en un “prao” de Revuelo. Al albur de las ramas del viejo peral del campesino que, sin conocernos, su sangre, en nuestras venas, nos arraigó a esta tierra. Enfundados en una alianza de sensaciones genuinas y sonidos familiares, al impagable relax de leer.

Nuestra lectura transita el millón de años posterior a la devastación: la revista *Science* en 2019 revela cómo se sobrepuso la vida más delicada.



Romería del Quince de agosto en Noceda. Foto: Cuenya

En textos del paleobotánico Ian Miller, “los mamíferos nacen de las cenizas de los dinosaurios”. Refugiados en madrigueras y entornos acuáticos, escapan del calor mientras la naturaleza hace sus tanteos en habitáculos vacíos y se regodea del súbito restablecimiento. La Tierra descansa. Su menor proximidad a las tormentas de la Luna la confirma en su eje a un ritmo regular de 24 horas. Amansados los islotes candentes que implantó en la desolación y el montaje del supercontinente Pangea, husmea nichos de vida en estos movimientos.

Se producen quiebras, configuraciones como la cordillera de los Andes. Se explaya el Atlántico en sentido contrario, hacia el sol naciente. Noceda flotando en la placa tectónica que arrastra a gran parte de Europa. Mil años después de la lluvia de escombros y polvo que bloqueó la iluminación global, los grandes cambios climáticos y bióticos de la Era de los Mamíferos anteceden a un hatajo de pequeñas crías, no mucho más grandes que un ratoncillo, que deambulan por entre las plantas. Las recobran, y se ven bien en su mundillo de palmeras con otras arborescencias que luego vendrán, con aves que salieron de dinosaurios voladores y otras originalidades...

¡Cómo pasa el tiempo, incluso en estas dimensiones! Hace 23 millones de años aparecen los simios, ascienden

las temperaturas y prolifera el abastecimiento. Los reptiles dominan, pero la hechura diminuta de una heterogeneidad de mamíferos se adapta a la selva, accede con mayor facilidad a los alimentos de los árboles que el resto de los vertebrados y prospera en tamaño. Pronto habrá primates en el planeta. Lo que para los paleontólogos son las primicias de la humanidad. Y, aunque la mayoría proviene del evento de hace 65 millones de años, no falta quien sitúe las separaciones bastante más atrás; antes de lo que llevó hace 75 millones de años a los lémures a Madagascar.

De 23 a 3,6 millones de años, la grieta del Valle del Rift propulsa el protagonismo de los volcanes donde antes lo tenían los bosques. Los estallidos repercuten en extensas áreas, en la evolución humana y en sus migraciones desde África. El clima, antaño moderado, hogaño frío y seco, desvía las corrientes oceánicas y espolea a las posteriores glaciaciones. Las expectativas de los prehomínidos, su desarrollo lento, nos lleva ocho millones de años atrás. A aquellos claros donde creció la hierba que los sometieron a hábitos y alteraciones que desconocemos: los científicos analizan atributos que, como un cráneo mayor que el de los monos o un dedo pulgar desarrollado, se hacían entre las especies que coexisten y mezclan peculiaridades.



Panorámica de Noceda, con el castro de Valdequiso a la derecha. Foto: Cuenya

Se piensa que los que hace cuatro millones de años comenzaron la Prehistoria y se extinguieron en el tiempo de los exploradores erguidos, pudieron tener algo que ver con un vástago arborícola que, sin arboleda, apremiado por la adversidad a decir de los expertos, se irguió para ver otra perspectiva y liberó sus manos. Instrumentos de investigación sobre los que filosofaron los clásicos, sin haber oído teoría alguna sobre el enlace entre el chimpancé y el género Homo. Sobre el icono “Lucy” de tres millones de años. Sobre el abismo del que no tenemos ADN que separa los fragmentos de su famoso esqueleto, que custodia Addis Abeba, de la línea evolutiva que lo disgregó de los chimpancés hace seis o siete millones de años.

A nuestra península, siguiendo manadas, arribó hace casi un millón de años el rostro remozado que se

halló en Gran Dolina. Tal vez procedía de Oriente Próximo, cruce de caminos desde el que se dispersó la población. Los que fuesen a Europa darían lugar a neandertales; los que fuesen a Eurasia, a denisovanos; los que quedaran en África evolucionarían hacia el Homo Sapiens. Esto sostiene María Martínón. Su conocimiento médico al servicio de los fascinantes descubrimientos que cada año vienen a complicar el espectro “homo” anterior y posterior a estos afamados Antecesor, que harán prometedores los años venideros y quizá nos acerquen al compatible tronco neandertal-sapiens.

La mandíbula de la Sima del Elefante, datada recientemente en mil quinientos millones de años, es del adulto más antiguo de Europa occidental. Afín al erguido africano que empezó a dispersarse hace dos millones de años. A su longevidad como nómada perseguidor

de dádivas agazapadas en los aledaños del origen de la vida. Vago y lejano ingrediente de la humanidad que, tras la deriva fundacional de construcciones y destrucciones, congregó sus transparencias en una Tierra consolidada. Que guio a los pioneros de Noceda en sus remotas recaladas: habrían llegado a ella vía pirenaica, mediterránea o gibraltareña, y hollarían estos llanos y crestas bruñidas, los feraces limos del estruendo sembrador y la erosión de aristas de millones de años.

Avezados en mitigar riesgos, acudirían como el hombre de la actualidad a las llamadas del líquido elemento. A sus zanjias de éxodo reiterado donde localizar reservas con premura. Y llegará la nuestra, pero divaguemos un ápice en la vetusta tesitura en que brujulearon estos habilidosos, con su bipedismo y filigranas en al menos tres continentes. En estas nuestras tierras, rumbo a la desembocadura del Miño donde su bifaz achelense es fechada con su desaparición en 300 mil años, y suscita curiosidad por las humanidades extintas que mantuvieron aquí eventuales ubicaciones. Evidencia patente de su toma del noroeste habiendo pisado Granada y Atapuerca, conocedoras del fuego y rastreadoras de orillas fecundas.

Los campos y bosques que las proveían de manjares en sus avanzadillas,

la fauna y la flora que con ellas merodearon estas dataciones, finalmente, tampoco soportarían las penalidades del frío. Y es cuando la totalidad de los avatares nos tiene en cuenta. Constata indicios fehacientes de que unos sapiens arcaicos empiezan a sobresalir en el continente africano, y los deja madurar. Tambalearse hasta andar por ellos mismos y, sin los restos óseos que codicia la arqueología, fomentar la intriga entre los migrantes de mixto pelaje que se movieron en el enorme lapso de caprichos de la insolación (fenómenos solares a los que, perplejos de sus arrebatos algo menos volubles, nos toca asistir hoy).

Encadenado a la sempiterna cuestión de por qué estamos aquí, que ninguna otra especie se plantea, sapiens surgió mucho después, plenamente moderno en África antes de lanzarse a la conquista de otros continentes (apenas hay discusión). Poseedor de la abstracción y el pensamiento mágico, subrayando preguntas insondables entre él y los restantes perfiles evolutivos. ¿Se encontrará algún día el eslabón perdido? ¿Hubo algún tipo de consciencia previa al desarrollo de las facultades superiores, del gran ascenso cualitativo? ¿Qué mente precedió al vivaqueo, la cueva o la cabaña de los paleolíticos, de los cazadores recolectores que enterraban a sus muertos con rituales complejos, de

los artistas que pintaron y esculpieron anhelos de inmortalidad?

Solo unos pocos idearon con acierto en qué campamentos asentarse sobre bases sólidas para salir triunfantes. No lo conseguirían quienes hiciesen elecciones equivocadas. Los que no afianzasen los mandatos tapizados de cariño de sus antepasados. Que seguían siendo amados. Vivos en el asiduo afecto intergeneracional que ostentaron los ritos de enterramiento y el recuerdo. Hálito tribal de las veladas que endulzaba las almas; tan necesario para ellas porque, en decaimiento o aguerridas, las rescató... Con sobria solemnidad lo desgrana Ignacio Martínez Mendizábal: “Mantenemos cerca de nosotros a los muertos, los citamos y hablamos de ellos gracias a nuestro amor: lo he comprobado en décadas de observación”.

Dice que en las hogueras resplandecían el agradecimiento, el deber y el sentido de estar en el mundo. Que se hablaba de “la dignidad de cumplir cada uno una misión; para unos más fácil, para otros más difícil, pero ineludible”, y de que “cualesquiera que fuesen las dificultades, se dispondría siempre del don de elegir cómo actuar”. En esos círculos vencimos la pereza además de la intemperie, comimos caliente y establecimos lazos imperecederos. Un lujoso sayo de luna y estrellas se tendió

paternal y puntualmente sobre la piel ajada del diario bregar y su cobertor desgastado, nos acurrucó en su mimo virtual cual edredón de plumas contemporáneo, y la psique se abandonó a esa caricia de tacto sutil y poderoso que podía anidar en la lóbrega humedad de su aposento.

El más antiguo asentamiento de cultura sapiens hallado hasta ahora supera los 50.000 años. En sitios tan distantes, como Altamira, Siberia o Australia, se atestigua que estuvieron hace 40 mil años. E inferimos que Noceda hace unos 30 mil años era ya muy recomendable como asentamiento. Participe de esos respaldos y engranajes sublimes. En los altibajos acaecidos durante el declive de la última gran glaciación que conformaron paraísos entre el sur de Francia y la cornisa cantábrica. Territorios bañados de corrientes favorables, cada vez más concurridos por sus recursos terrestres y costeros. Prolíficas regiones donde se concentró la población.

Alrededor de esta gama de verdes y su círculo cromático asombroso, la singladura de los aborígenes europeos de milenarios retornos rezumaría de moradas. Y el sombrío cansancio, antes de escampar, pasaría de puntillas por un sueño piadoso. Imágenes jaraneras de reincorporación al pequeño poblado o a la boca tibia de la cueva, a las que

perseguía un griterío de chiquillos desmelenados que conminaba a arriar la agitada fiebre del sustento, fardo vespertino, y entregarse al efímero placer del feudo nocturno. El día, al clarear, tocaría las trompetas. Traería carantoñas y agasajos al levantarse. Licencias para aferrarse a la abnegación, al acervo de conductas prácticas, a cualidades que modelasen en los abrigos y partes soleadas de las cavernas la miscelánea de temperamentos, sufrimientos y alegrías de una raza pintoresca.

“Nada humano nos es ajeno”. Lema antropológico, que define nuestro interés por sus modos de vida y esboza el diagrama de una analogía que se abre paso con nosotros en los predios de Arlanza. Presurosa por llegar en el coche de línea, semejando arrinconar las curvas en cada volantazo, la ansiedad por aliada, en estrecha colaboración con el cortejo emotivo que caracolea en el am-

biente. Que la ensortija en sus danzas y brindis sagrados, de celebración por lo que nos ha sido concedido. Por la hospitalidad del dar y el recibir. Cimientos del ser, de la campechanía que, aunque nos hayamos ido, aunque la demora se prodigue, nos traen de vuelta sin remedio a esta porción compartida de inocencia que nos aquieta.

Qué importa si no alcanzamos a imaginar siquiera lo que puede suceder en mil, en un millón de años. Qué importa si en los museos especializados permanece, suspendido en el aire, un signo de interrogación. El vocablo concluyente aún no ha sido pronunciado. El nácar galáctico de las noches del pueblo, que guía los senderos, nos conduce a su causalidad ilimitada, sin contaminantes. La paz despliega en lo alto sus innumerables futuros, de ilusión por lo que hacemos. Brillan impolutos en las lomas del monte bienhechor, audaz en su bendita oscuridad traspasado el barrio de Río. Nos vemos, amigos, en agosto; tibio soplo de misticismo festivo que trae a la memoria la magia de los días infantiles, sobre las rodillas del abuelo una canción.



Noceda. Foto: María Encina Rodríguez de Paz

## Conversación con un enamorado del Bierzo y del mundo: **Cristóbal Gabarrón**

Cristóbal Gabarrón en Noceda del Bierzo. Foto: Cuenya



Es un honor, un placer y un lujo para mí el poder hacer esta entrevista, señor Cristóbal Gabarrón, puesto que es usted un reconocido artista, con un lenguaje estético único, tanto en el ámbito nacional como en el internacional, desde Mula (Murcia) hasta Nueva York, con el respaldo de su Fundación, dirigida por sus hijos, entre ellos Juan Manuel, al que le agradezco todas las diligencias, y a quien conozco desde mi etapa en la antigua escuela de cine de Ponferrada (Universidad de León), porque llegamos a colaborar juntos en el proyecto de Fescine, que realizamos precisamente en Valladolid, ciudad que he visitado recientemente, donde

*Manuel Cuenya*

cuenta con varias creaciones artísticas suyas, entre ellas *Las puertas de Valladolid* o *El barrio del color*.

Es usted un artista polifacético: pintor, escultor, muralista –además de autor del cartel del Bando de la Huerta 2025–, que ha expuesto en el Chelsea Art Museum, el IVAM, el Museo de Arte Moderno de Gdansk (Polonia), el Museo Nacional de Arte de China en Shanghai o el Museo de Arte Contemporáneo Español, entre otros. Asimismo, es una persona comprometida con la cultura y el pensamiento, con la población infantil y juvenil (a través de la creación de la Pinacoteca Infantil Reina Sofía), comprometido en definitiva con los grandes valores humanos, llegando a colaborar con organismos como el Comité Olímpico Internacional o las Naciones Unidas.

También cuenta con un museo propio, gestionado por la Fundación Casa Pintada, constituida gracias a un acuerdo de colaboración entre el Ayuntamiento de Mula (de donde es originario) y la Fundación Cristóbal Gabarrón, que le permite difundir su obra y la

creación artística contemporánea en general.

El porqué de esta entrevista, aparte de que acaba de cumplir ochenta años, lo cual se me antoja ya de por sí motivo de celebración, es porque ha tenido relación con mi tierra natal de Noceda del Bierzo

a través de dos personas queridas por mí, me refiero al intelectual y político Pepe Álvarez de Paz y al gran periodista Miguel Ángel García Rodríguez, que hasta hace un tiempo ejerció como Corresponsal de Televisión Española en Berlín.

–Lo recuerdo en mi pueblo de Noceda del Bierzo. Su amigo Pepe Álvarez de Paz solía contar que usted es un enamorado del Bierzo. ¿Qué opinión le merecen Noceda del Bierzo, la comarca en general y, por supuesto, Pepe Álvarez de Paz?

Soy un gran enamorado del Bierzo. Tanto Pepe como Miguel Ángel me lo mostraron con tanta pasión e intensidad que lo que comenzó como un descubrimiento acabó convirtiéndose en una verdadera pasión, tanto por el paisaje como por el paisanaje.

–¿Cómo y dónde se conocieron usted y Pepe Álvarez de Paz?

Conocí a Pepe gracias a mi amigo Demetrio Madrid, primer presidente



de la Comunidad de Castilla y León. A partir de ahí, nuestra amistad se fue profundizando cada vez más. Mi admiración por él hacía que cada viaje, reunión o charla se viviera con gran intensidad.

–¿Cómo conoció al periodista Miguel Ángel

García Rodríguez, quien empezó su trayectoria a principios de los años ochenta en el Centro Territorial de TVE en Valladolid?

Fue precisamente en Valladolid, en el Centro Territorial de TVE de Castilla y León. Me pidió una entrevista y desde entonces la amistad fluyó de forma natural e intensa. Compartimos experiencias únicas tanto en Noceda como en diferentes viajes. Es una de las personas más honestas que conozco.



Miguel Ángel García Rodríguez. Foto: Cuenya



Las Puertas de Valladolid. Foto: Cuenya

—¿Aunque Valladolid no sea su ciudad natal, ¿qué representa para usted esta capital?

Valladolid es mi aval de referencia desde los seis años, cuando llegué a la ciudad. Allí pasé por colegios, forjé amistades, hice travesuras, viví aventuras inocentes... A pesar de haber vivido en otros países y de pasar actualmente largas temporadas en China, América y Europa, siempre regreso a Valladolid para reencontrar la paz.

—¿Qué obras suyas pueden visitarse en Valladolid, en Castilla y León en general?

Son muchas las obras que se encuentran en colecciones privadas, pero si nos referimos a obra pública, puedo destacar: Las esculturas Puertas de Valladolid; La escultura frente a las Cortes de Castilla y León; Las barandillas del río Pisuerga; La escultura en el Parque Tecnológico de Boecillo; La intervención en el Barrio España con el proyecto europeo Barrio del Color; Es-

cultura y murales en la bodega Avelino Vegas; Escultura en cobre para la bodega Carlos Moro-AIOZ; En el Balneario de Las Salinas: escultura en cobre titulada Agua y cristaleras en los salones centenarios; En Medina del Campo: esculturas y murales en el Palacio de Las Salinas (proyecto La Capilla del Milenio), así como varias esculturas, mobiliario público y barandillas en el Parque Villa de las Ferias; En Zamora, murales para Rolconsa y esculturas y pinturas en varias entidades como Caja Duero y Caja Zamora. Además, parte de mi obra está presente en la Colección Vietnam y en otros espacios nacionales e internacionales.

—¿Qué puede contarnos sobre su Fundación, con sede también en Nueva York?

La Fundación cumple la función para la que fue creada: apoyar el arte y la cultura. Promueve becas para artistas entre países, presenta la cultura española en EE.UU. e impulsa proyectos e intercambios institucionales. Además,

hemos creado otras fundaciones con objetivos similares, adaptadas al contexto cultural de cada país. Entre ellas: La Fundación Gabarrón Asia; El parque de esculturas Gabarrón en Wesenberg (Alemania); La Fundación Casa Pintada con el Museo Gabarrón en Mula; La



Barrio del Color. Foto: Diez-Zamorano

Fundación Frontera del Conocimiento para la investigación cultural; La Pinacoteca Infantil Reina Sofía, dedicada al arte infantil internacional. Y otros espacios repartidos por distintos países.

—¿Qué le gustaría destacar de su obra artística?

Mi obra está profundamente inmersa en el Humanismo. Me interesa el ser humano, los derechos humanos, lo esencial de nuestra condición.

—De los muchos lugares que ha visitado o donde ha vivido, ¿cuáles le han impactado o servido de inspiración?

He vivido, trabajado o visitado muchos lugares, pero destacaría Estados Unidos, que ha sido un eje fundamental en mi trabajo. Sin embargo, las sociedades menos desarrolladas han sido las más inspiradoras y conmovedoras. Hoy, al revisar mis recorridos desde la niñez, comprendo mejor muchas de aquellas

vivencias. Diría que parto de lo más íntimo para llegar a lo más diverso y universal.

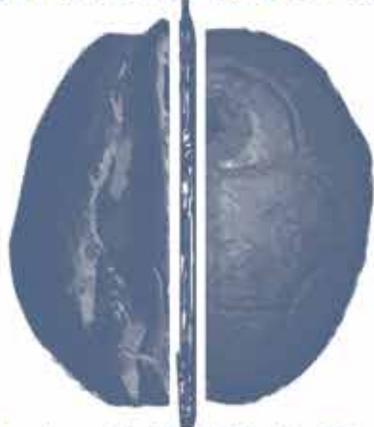
—¿Cuáles son sus próximos proyectos artísticos?

Actualmente estoy investigando y trabajando desde una perspectiva centrada en lo micro, en los sentimientos humanos. Trato de entenderlos y desarrollarlos desde los sentidos, de forma sencilla, esencial.



Barrio del Color. Foto: Diez-Zamorano

Colectivo Cultural



LA IGUIADA

[www.nocedadelbierzo.com](http://www.nocedadelbierzo.com)



DIPUTACIÓN  
DE LEÓN



INSTITUTO  
LEONÉS  
DE CULTURA



AYUNTAMIENTO  
DE NOCEDA  
DEL BIERZO